

173



Para leer

el
san

Evangelio según
Lucas

Pierre Debergé

verbo divino

Introducción

Desde finales del siglo II, la tradición patrística, siguiendo a Ireneo de Lyon, reconoció en Lucas al autor del tercer evangelio: «Lucas, el compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio predicado por él» (*Contra las herejías*, III, 1). El fragmento «de Muratori», Clemente de Alejandría, Orígenes o Tertuliano dan igualmente testimonio en este sentido. Sin embargo, son numerosos los especialistas que desde finales del siglo XIX han cuestionado el vínculo entre Lucas y Pablo, argumentando que el nombre Lucas (*Loukas*) estaba entonces muy extendido, por lo que nada prueba que aquel que Pablo presenta como uno de sus colaboradores (Flm 24; Col 4,14; 2 Tim 4,11) fuera el autor del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles.

Además, basándose en un procedimiento literario ampliamente utilizado entonces, se considera igualmente que los pasajes de Hechos de los Apóstoles en los que Lucas utiliza la primera persona del plural, «nosotros», no prueban en absoluto que hubiera acompañado a Pablo en una parte de sus viajes misioneros (Hch 16,10-17; 20,5-15; 21,1-18; 27,1-28,16).

Aun cuando ningún manuscrito antiguo presenta el texto de los Hechos de los Apóstoles a continuación del Evangelio, no cabe la menor duda de que «Lucas» compuso estas dos obras de manera que formaran solamente una. Pero, a lo largo del siglo II, cuando se formó el corpus de los evangelios, a los que se les reconocía una autoridad mayor con respecto a Hechos, las dos obras se separaron. La importancia de Hechos solo se admitirá más tarde, gracias sobre todo a los esfuerzos de Ireneo de Lyon. A partir de entonces se copiará a continuación de los cuatro evangelios o, en ocasiones, tras las epístolas católicas que estaban agrupándose por aquella época.

Un proyecto teológico

Probablemente redactados en los años 80-90, el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles se inscriben en un verdadero proyecto literario y teológico: presentar el despliegue y el cumplimiento de la obra de la salvación en la continuidad de dos momentos que son el tiempo de Jesús (Evangelio) y el tiempo de la Iglesia (Hechos de los Apóstoles). Primera parte de un magnífico relato, el Evangelio es, por consiguiente, inseparable de los Hechos, pues para Lucas el tiempo de la promesa a Israel —evocado mediante las figuras de Zacarías e Isabel, de Simeón y de Ana, o incluso de Juan el Bautista—, el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia, comprendido como el «tiempo del testimonio», constituyen un conjunto en el que Jesús ocupa el centro de la historia de la salvación.

Como muestra el cuadro, la unidad entre el tiempo de Jesús y el de la Iglesia se realiza en torno a Jerusalén, donde concluye el Evangelio y donde comienzan

**Para leer el Evangelio
según san Lucas.**

Introducción

**I – De Juan el Bautista
a Jesús (Lc 1,5–4,13)**

Los dos anuncios de nacimiento
Nacimientos y circuncisiones
Los dos oráculos proféticos
La juventud de Juan y de Jesús
Las primeras palabras de Jesús
en el Templo
La misión de Juan y de Jesús

**II – El ministerio de Jesús
en Galilea (Lc 4,14–9,50)**

La Buena Noticia a los pobres
Primeros enfrentamientos
La enseñanza a los discípulos
Reconocer a Jesús como profeta
Escuchar la palabra

Milagros que invitan a la fe
Discípulos de un Mesías sufriente

**III – En camino hacia
Jerusalén (Lc 9,51–19,28)**

Exigencias
La condición del discípulo
El final del camino

**IV – Desde la entrada en Jerusalén
hasta la Ascensión (Lc 19,29–24,53)**

Entrada real y purificación del Templo
La enseñanza en el Templo
La Pasión
Los relatos de la Resurrección

Lista de recuadros

Para saber más

Tiempo de la Promesa	Tiempo de Jesús (Evangelio)	Tiempo de la Iglesia (Hechos)
Zacarías e Isabel José Simeón y Ana Juan el Bautista (Lc 1-2)	En Galilea Subida a Jerusalén <i>Jesús con la fuerza del Espíritu</i>	En Jerusalén En Judea y Samaría En Roma <i>La Iglesia con la fuerza del Espíritu</i>

los Hechos de los Apóstoles. Aparece igualmente en los dos prólogos que preceden tanto al Evangelio como a los Hechos (Lc 1,1-4; Hch 1,1-3), como también en los dos relatos de la Ascensión (Lc 24,50-51; Hch 1,9-11), que producen como un efecto de «encabalgamiento» entre el Evangelio y Hechos. Finalmente, el relato de la predicación de Jesús en Nazaret (Lc 4,16-30) es un «texto programático» no solo para el resto del Evangelio, sino también para Hechos. Constantemente invitado a ir y venir entre el Evangelio y Hechos, el lector se ejercita así en un proceso incesante de lectura y de profundización del sentido de la obra de Lucas.

En esta rápida presentación falta un actor que es esencial en la obra lucana: el Espíritu Santo. Presente a lo largo del Evangelio (Lc 1,15.35.67; 2,25.26.27; 3,22; 4,1.14; 10,21; 11,13), es mencionado no menos de setenta veces en los Hechos.

Un trabajo de historiador

En el prólogo del Evangelio (1,1-4), Lucas se sitúa inicialmente con relación a sus antecesores. Actual-

mente, sabemos que Lucas utilizó varias fuentes: el Evangelio de Marcos, una colección de dichos de Jesús (llamada «fuente Q», del alemán *Quelle*, 'fuente'), que comparte con el evangelista Mateo, y una fuente propia. Esta corresponde a palabras y episodios que no se encuentran en Mateo ni en Marcos.

Según Lucas, sus antecesores compusieron «un relato de los acontecimientos cumplidos entre nosotros», partiendo del testimonio de quienes «fueron desde el principio testigos oculares» y que después se convirtieron en «servidores de la Palabra» (cf. Hch 4,31; 6,2.7; 11,1). Que se trate de «acontecimientos cumplidos [perfecto pasivo] entre nosotros» es el signo de que, subrayando su actualidad, Lucas los interpreta como un cumplimiento del plan de Dios. Después, como verdadero historiador, indica que ha realizado su investigación para asegurarse de la exactitud de los hechos contados.

Al leer el prólogo, nos damos cuenta igualmente de que Lucas, en conformidad con las costumbres del mundo grecorromano, dedica su obra —Evangelio y Hechos (cf. Hch 1,1)— a un tal Teófilo («amigo de

Dios» o «aquel que es amado por Dios»). Esto no quiere decir que él sea el único destinatario, pues la obra lucana, gracias a ese mismo Teófilo —que quizá actuó de mecenas—, llegará a un gran público. ¿Es que con el paso del tiempo circulaban rumores e informaciones contradictorias sobre Jesús y la Iglesia? Lucas especifica que él quiere, con su relato, dar fe ante Teófilo de la verdad de la «catequesis» que recibió (Lc 1,4).

De lo anterior se deduce que la perspectiva general de la obra de Lucas refleja más el punto de vista de un hombre de la segunda o incluso de la tercera generación que la de un compañero de Pablo. Al leer su obra, nos damos cuenta, en efecto, que las tropas de Tito han conquistado y destruido Jerusalén en el año 70 (Lc 19,43; 21,20.24; 23,28-31), y que se ha producido la ruptura entre las comunidades cristianas y el judaísmo en la década de los años 80, lo que tendrá repercusiones políticas y sociales.

Así se explicaría por qué Lucas sintió la necesidad de escribir esta obra aun cuando otros lo hubieran hecho antes que él. La situación nueva de los cristianos exigía, en efecto, calmar el recelo de los romanos ante la emergencia del cristianismo. En este sentido, Lucas se dedica a mostrar que los cristianos no son un peligro para la paz social ni para las autoridades políticas. Una prueba de ello, tanto en el Evangelio como en Hechos, es que presenta el interés que tienen los oficiales romanos por la predicación de Jesús, o las de Pedro y Pablo. Incluso Pilato reconoce que Jesús no constituye un peligro. En este contexto, Lucas cuenta que el cristianismo ha surgido de una

Teófilo

«¿Quién era Teófilo? No lo sabemos. Este nombre estaba extendido en la cuenca mediterránea desde el siglo III a.C. De origen griego, se ponía, sin embargo, también a los judíos, según el ejemplo de un sumo sacerdote llamado así, mencionado por el historiador judío Flavio Josefo. Entre los cristianos conocemos a un Teófilo, obispo de Antioquía a finales del siglo II. Puede ser que el rico Teófilo de Antioquía, conocido por Clemente de Roma a finales del siglo I, esté relacionado con el destinatario de Lucas; pero en todo caso es imposible de demostrar. El hecho de que Lucas le califique como “excelente/ilustre Teófilo” no prueba nada con respecto a su rango social. La fórmula es corriente y se emplea de manera muy laxa.

Se ha conjeturado que el nombre se emplearía aquí como un adjetivo y designaría, de modo simbólico, al cristiano «amigo de Dios» (*theo philos*). La costumbre de la época de dedicar libros a personajes reales, bien conocidos por el autor, está en contra de esta hipótesis. Quienquiera que fuera, Teófilo es un cristiano».

Odile FLICHY, *La obra de Lucas*,
Cuaderno Bíblico n. 144, 2003, p. 11

ruptura en el seno del pueblo judío y se esfuerza por mostrar que sus raíces se encuentran en la historia de Israel y en las Escrituras. Del relato, más apaciguado que el de Mateo, se desprende sobre todo la convicción de que Dios ha cumplido en Jesús, el «Cristo Señor» (Lc 2,11; cf. Hch 3,26), su promesa a Israel, ampliando la perspectiva de la salvación a todas las naciones para que toda persona vea la salvación de Dios (Lc 3,6).

Por la lectura de su obra, nos enteramos igualmente de que aquel al que se denomina Lucas no era probablemente natural de Judea. Puede verse en su modo de presentar Nazaret (4,29), en sus noticias incorrectas (4,44; 17,11), en la descripción de las cubiertas de tejado de las casas (5,19), de las crecidas de los ríos (6,48-49), de la técnica de la siembra (8,5-7) o incluso en la mención del lago de Genesaret, que se niega a llamar «mar» (5,1-12; 8,22-23.33).

Tampoco era judío. Su conocimiento del Antiguo Testamento, al que hace numerosas alusiones remitiendo al texto griego de los LXX, podría hacernos creer lo contrario. Pero debe situarse más bien entre los «temerosos de Dios», los no judíos atraídos por el judaísmo y la antigüedad de sus tradiciones, que participaban incluso en algunos de sus ritos pero a los que no se les exigía la circuncisión. Podemos, por consiguiente, suponer que antes de convertirse al cristianismo, el autor del tercer evangelio se había acercado ya al judaísmo.

Hombre cultivado, su talento de escritor le permite manejar con destreza diferentes estilos del griego,

haciendo hablar a sus personajes según la lengua que debía caracterizarlos: así, en Pentecostés, Pedro se expresa en un griego lleno de semitismo (Hch 2,14-36), mientras que Pablo, en el Areópago de Atenas, pronuncia un discurso en un griego elegante (Hch 17). En otras partes, Lucas sabe imitar el griego de los LXX (cf. Lc 1). Hasta en la materialidad de su escritura, inscribe la continuidad del proyecto salvífico de Dios, señalando que el cumplimiento sobrepasará a la promesa, pues el Mesías esperado será «la luz de las naciones» (Lc 2,32). También conoce Lucas las convenciones retóricas de los historiadores griegos y posee la maestría propia de un narrador.

Tras un preludeo que incluye los relatos de la infancia, la predicación de Juan el Bautista y la preparación del ministerio de Jesús (Lc 1,5-4,13), el Evangelio puede dividirse en tres grandes partes: el ministerio de Jesús en Galilea (4,14-9,50), el viaje hacia Jerusalén (9,51-19,28) y los relatos de la Pasión y la Resurrección (19,29-24,53). No obstante, resulta difícil establecer un plan dentro de las diferentes secciones..